

OBRAS Y AUTORES:

José Ricardo Morales: "No Son Farsas"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Ante la numerosa obra, continuamente acrecentada, de José Ricardo Morales, nos cerca un gran asombro. ¿Por qué es un autor casi desconocido de quienes se interesan por el teatro y lo frecuentan? Ciertamente hay un pequeño grupo que lo conoce y admira. Dentro de él no fallan, indudablemente, los que podrían intentar con eficiencia la representación de su obra. No lo hacen. ¿Por qué? Cada día aparecen nuevas compañías, y bien podría hacerlo alguna. ¿Le temen a la novedad? ¿No confían en la comprensión del público? Creemos — más bien — que si abundan los conjuntos esencialmente comerciales son pequisimos — si los hay — los que miran hacia el teatro de hoy, es decir, al que busca una expresión que difiera de la acostumbrada. Nos interesa dar vueltas alrededor de la rutina.

Esta podría ser, acaso, una explicación de la desidia que nos pone en una casi total ignorancia de tan importante autor. Todo reside tal vez en las dificultades que manan de su inteligente novedad. Con otras palabras, de la facilidad de incomprenderla. De ahí que el autor encierre en el título del volumen una conveniente advertencia. "No son farsas" llama a la reunión de las cinco piezas que publica Editorial Universitaria. Y esta es la verdad: no son farsas los curiosos enredos que se nos entregan. Son visiones reveladoras de la condición humana en nuestros días. Esto no ha sido nunca astracaná, por mucho que nos riñan a risa — desde un determinado enfoque — el hombre y su mundo.

Cinco son las piezas que contiene el libro: "Orfeo y el desodorante o El último viaje a los infiernos" (Artículo de consumo dramático en tres actos); "La cosa humana" (Ensayo dramático en dos actos); "El inventario" (Ensayo dramático en dos actos); "El material" (Pieza dramática en un acto); y "No hay que perder la cabeza o Las preocupaciones del doctor Guillotín" (La verdad histórica en dos actos).

¿No hay farsa alguna en estas páginas? La verdad es que con auténtico humor se nos muestra una farsa tremenda: el artificio de la actual civilización, que envuelve en su artificio a nuestra especie. El hombre ha creado un mundo para sí y el mundo tiene en sí al hombre hecho un esclavo anónimo.

Sobrada razón tiene el autor cuando nos reñe: "De modo que no son farsas las obras que el libro incluye. Sus asuntos suenan demasiado graves. Son anuncios, dramáticos anuncios. Y deben ser luminosos, porque alumbran un presente en el que ya se vislumbra el brillante porvenir".

Humorismo cortés que juega con las palabras; anuncio luminoso en el escaparate de este teatro que muestra insólitos objetos, entre ellos, con el precio de su alienación, el hombre que vamos siendo.

Cuando se recorren las escenas de estas páginas, nada cuesta clasificar la obra, valiéndose de algunas reminiscencias, como perteneciente al teatro del absurdo. Es poco lo que se gana con esto. Habría que comenzar por definir conceptos y echar un vistazo sobre lo que han significado en la evolución escénica. Sin embargo, para muchos habrá de constituir esto un primer paso hacia la tranquilidad. ¿Absurdo — dirán —, ah, sí, eso quiere decir: verdad presentada de modo gracioso, disparatada, no es eso? Y pensarán que de antemano comprenden: van a encontrarse el mundo dando brincos, riendo a carcajadas al verse

cómo es y cómo — posiblemente — debería ser. Estos pensamientos tranquilizadores son, indudablemente, un buen primer paso; pero en seguida hay que echar a andar. Y no es lo mismo.

La absurdidad del hombre en el mundo — y del mundo por el hombre forjado para el ejercicio de sus propios poderes — no es cosa que se entienda de buenas a primeras. Hasta ahora hay gente muy sabia que está discutiéndola, para entenderlo cada vez menos. El dramaturgo José Ricardo Morales sabe los afanes que esto exige. Desde luego, hay que meterse en lo que llamamos mundo real, y observar sus incesantes cambios, y captar, en lo posible, el mayor número de sus secretos. Este trabajo no es de improvisación. Una vez realizado interiormente, llevarlo al exterior, ponerlo en escena, es una arriesgada aventura. Entresacada, posiblemente, pero no para todos. El juego de la vida es una trampa muy seria. Se condena, inevitablemente, a quien lo toma seriamente en broma.

A lo largo de muchas obras, José Ricardo Morales, ha historiado, con agudeza teatral, los trances esenciales del hombre en su tránsito por la tierra. Ha visto su desorientación, ha percibido su razonable deseo de realizar algunos de sus sueños irrazonables, alejándose cada vez más de sí mismo, y se ha detenido a mirar cómo todo empieza a esperar de la técnica científica, en sus aspectos mayores y menores. Ha creído domar a la naturaleza totalmente, sin reparar en que ha sido él, sin más, el domesticado. Nos dice Morales: "...aquello que el hombre hiciera para su amparo, reengimiento y protección, concluye por convertirse en obstáculo insalvable, e incluso en motivo de perturbación y peligro".

Eso que dice con tan indiscutible seriedad en el prólogo, comentario explicativo de su obra, lo tenemos después — levantado el telón — en el universo teatral donde nos pone a convivir con entes de la más variada naturaleza. Ante todo con el hombre, objeto particular de su atención. Aquí le presenciamos colgando en la red de su destino. Él la tejó. ¿Cómo romperá para ser otra vez hombre y no cosa atrapada?

La escena de esta desventura se alarga por los años de tecnicismo triunfante. Morales nos hace reír de buena gana mirándola en cada una de las piezas. Podría decirse — para escándalo de muchos — que el dramaturgo es profundamente realista. Ver la realidad del absurdo es poseer ojos mentales de muy largo alcance y una sensibilidad que, para no echarse a llorar, sabe inventar la risa irrefrenable. Nada puede detenerla. Todo la incita a ser más y más risa.

Si en las primeras piezas asistimos a un desenvolvimiento del presente, en la última nos trasladamos al pasado. "No hay que perder la cabeza o Las preocupaciones del doctor Guillotín" nos encara con la Historia. El autor da un salto atrás, con acrobacia mental de gran cerco del conocimiento y el juicio, y nos hace contemplar las vicisitudes de un ilustre mortal que le da su nombre a un instrumento que a cualquiera le hace perder la cabeza.

José Ricardo Morales, uno de nuestros más grandes escritores, ¿qué duda cabe, no puede continuar sabiendo que es poco lo que de él se sabe. Llévese a escena su obra y todos sabremos quién es.

José Ricardo Morales: "no son farsas" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José Ricardo Morales: "no son farsas" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile